



A1372

27/03/2002

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA CUMBRE DE LA LIGA ÁRABE CELEBRADA EN BEIRUT

Beirut (Líbano), 27-03-2002

Señor Presidente de la República Libanesa, Majestades, Altezas, señores Presidentes, señor Secretario General de las Naciones Unidas, señor Secretario General de la Liga Árabe, señoras y señores,

Supone para mí un gran honor ser el primer Jefe de Gobierno de la Unión Europea en ser invitado a la sesión inaugural de una Cumbre árabe, honor que recibo con sentimientos encontrados de gratitud y de sentido de la responsabilidad. Permítanme, por tanto, en primer lugar, expresar al excelentísimo señor Presidente del Líbano, general Emil Lahoud, y a la Presidencia jornada en ejercicio mi agradecimiento por esta invitación.

Quiero saludar también al Presidente Arafat, Presidente legítimo de la Autoridad Palestina, cuya ausencia lamento especialmente. La trascendencia de esta Cumbre para la paz en la región bien habría merecido que hubiesen sido escuchadas las solicitudes que, a favor de su presencia aquí, realizaron la Unión Europea y gran parte de la Comunidad Internacional.

Estamos, sin duda, ante un momento crítico. La situación a la que nos enfrentamos desde hace ya cerca de dieciocho meses no puede ni debe continuar. Tienen ustedes y tenemos todos una gran responsabilidad ante nosotros. Hoy los ojos del mundo están puestos en Beirut; unos ojos que están ya cansados de ver tantos muertos, tanta destrucción, tanto sufrimiento estéril, tanto odio acumulado; unos ojos cansados de ver iniciativas que se suceden sin que nada les suceda.

No podemos y no deberíamos seguir defraudando a todos los que hoy están esperando ver algo de luz en esta reunión. Beirut, ciudad en la que son palpables unos esfuerzos de reconstrucción, basados en una apuesta por la paz y por la convivencia, debe quedar asociada de forma indeleble a esa geografía de la paz que incluye ciudades como Madrid, Oslo, Camp David, Ottawa o Shark el Sheik, cuya herencia no debemos desaprovechar.

Todas las iniciativas están sobre la mesa, todas las propuestas han sido presentadas; pero todo será inútil si falta lo fundamental, que es la voluntad, una voluntad decidida de construir la paz entre la violencia, contra la violencia y a pesar de la violencia.

No podemos dar a los enemigos de la paz un derecho permanente de veto sobre nuestros esfuerzos. Todos tenemos graves responsabilidades que asumir. Meses y años de violencia deberían habernos enseñado que no es posible imaginar una solución militar a este conflicto. Nos deberían haber enseñado también que no se puede construir la paz ignorando al adversario o soñando simplemente con aniquilarlo. Debemos desterrar definitivamente la idea de que se puede alcanzar la paz sin tener en cuenta las legítimas aspiraciones y los derechos de la otra parte.

Señor Presidente,

Israel debe ver reconocido su derecho a vivir en paz dentro de fronteras seguras, garantizadas por el compromiso de la Comunidad Internacional y, en particular, por los países árabes. Este derecho debe ser afirmado con claridad, con la misma claridad que hay que decir que la paz y la seguridad van indisolublemente unidas, que no hay seguridad sin paz y que no hay paz sin verdadera justicia.

Por eso mismo el pueblo palestino debe ver reconocido también su derecho a vivir en paz en su tierra, dentro de su propio Estado democrático, viable e independiente, poniendo término a la ocupación de 1967.

Ahora bien, la paz en Oriente Medio sólo puede ser global si incluye también a Siria y Líbano sobre la base de esos mismos principios.

Señor Presidente,

Decía que los ojos del mundo están puestos hoy en Beirut. Demos al mundo, pues, una esperanza.

La iniciativa de paz saudí, basada en la idea de la total normalización y la total retirada con arreglo a las Resoluciones de las Naciones Unidas, ofrece una oportunidad única. Recojámosla con valentía y formulémosla con responsabilidad. Ya se han perdido muchas oportunidades y no debemos perder otra más.

La Comunidad Internacional está dispuesta, y no tengo ninguna duda de ello, a aportar lo que sea necesario para ayudarles en su tarea. Las Naciones Unidas lo han expresado claramente en la última Resolución, 1397, del Consejo de Seguridad. La Unión Europea lo ha hecho también en la Declaración aprobada recientemente en Barcelona, donde les ha recordado que todos los socios estamos firmemente comprometidos con el esfuerzo de la paz y que la apoyaremos política y económicamente, mientras haga falta y hasta dónde haga falta.

Señor Presidente, Majestades, señores Presidentes y queridos amigos,

No añadamos Beirut a la larga lista de nombres estériles. No renuncien a lo que en justicia les corresponde, pero no cierren ninguna mente a lo que en justicia corresponde

a otro. No den argumentos a los que no quieren la paz ni desesperanza a los ya desesperanzados.

Tengo ahora muy presentes en mis palabras las escenas de horror que hemos contemplado estos meses, fruto del terrorismo más cruel y repudiable, y también del uso más irracional e injustificable de la fuerza. Hemos visto morir a muchos inocentes, pero no se trata ahora de señalar quien ha llegado más lejos en el sinsentido; se trata de acabar con el sinsentido.

Me consta que en ambas partes hay personas sinceras que desean y que anhelan la paz. Ayudemos a que esas personas recuperen el orgullo de trabajar por la paz y facilitémosles su trabajo.

Señor Presidente, Majestades, señores Presidentes,

En sus manos, mucho más que en las mías, está que esta Cumbre pueda, sin duda, hacer una obra trascendente o que quede simplemente relegada al olvido. Hoy en Beirut creo que llama otra vez a nuestras puertas la paz de los valientes y ojalá seamos fuertes para abrirlas. Ojalá que así sea.

Muchas gracias, señor Presidente.